

OCTAVIO PAZ:

UNA VIDA LLENA DE MUNDO

Miguel Ángel Flores*

Era previsible que la muerte del poeta Octavio Paz desencadenaría ríos de tinta. Nadie en vísperas del siglo XXI, antes de su deceso, podía poner en duda el lugar central que su obra ocupa en la literatura mexicana. Su muerte pone punto final a una copiosa escritura que está signada por el genio. Pero lo que da más relieve a su figura es el hecho de que su poesía y prosa fueron escritas a contracorriente de lo que en su momento se escribía en nuestras letras, y que nunca se dio tregua en el incesante diálogo que entabló con la cultura mexicana. La suya nunca fue una palabra de complacencia sino un batalla por defender un criterio, una idea del mundo y de las letras, aunado todo eso a su incesante participación en el debate político del país. Su pasión crítica lo llevó al apresuramiento de ciertos juicios, y en ocasiones adoptó un tono arrogante, pero nunca se alejó de una coherencia moral que no siempre ha privado entre nosotros. Siempre en el centro de la polémica, recordemos que polémica se deriva de *polemos*: guerra; su palabra, aunque estuviéramos en desacuerdo con él, se volvió fundamental. Al morir podemos afirmar que quizá no haya nadie en el ancho continente de las letras escritas en español que se le iguale en el genio de su prosa y poesía, en esa habilidad artesanal para armar un texto cuyo alto voltaje produce descargas en nuestra admiración. Entrar en uno de sus páginas en prosa equivale a ingresar a una experiencia inolvidable en la que nos acompaña la lucidez del poeta y su inagotable capacidad para establecer las relacio-

nes más asombrosas entre realidades aparentemente ajenas.

Si la vida de Octavio Paz estuvo bendecida por el talento, la curiosidad intelectual y la asunción de una disciplina que es ejemplar, hay que poner de relieve que gozó de una circunstancia biográfica privilegiada, pues nació en un tiempo histórico que le permitió ser testigo algunas veces, y en otras actor, de los movimientos artísticos que definieron el rostro de la literatura del siglo XX. Pocos como él entendieron en su momento preciso las novedades que aportaba a nuestra percepción del fenómeno artístico el surgimiento de formas inéditas y cómo una idea de modernidad se deshacía en el aire. Fue entre nosotros el verdadero constructor del espíritu moderno, su interprete más lúcido y su más feroz crítico. La modernidad consistía en instaurar la crítica de las formas como el modelo mismo de la creación. El lenguaje se interrogaba a sí mismo. En su realidad última la palabra es su propio referente y desentrañar su verdadero significado puede conducirnos a descubrir que lo que se nombra y con lo que se nombra surge como un enigma. En su juventud adoptó una palabra de Quevedo: “nada me desengaña/ el mundo me ha hechizado”. Pero no fue la premisa de un quehacer artístico. A partir de ahí la única realidad del mundo sería la palabra como lectura de ese mundo. La hoja blanca poblada de signos, como señalaba Mallarmé, superficie sobre la que desplegaban esos mismo signos, era el doble, como si la reprodujera un espejo, de un espacio donde se también se des-

*Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.



plegaban otros signos: el silencio es gemelo del vacío. En el conjunto del mundo somos signos de una escritura de la que desconocemos sus claves. Esto le hizo decir en un poema del inicio de su vejez: “Soy hombre: duro poco/ yes enorme la noche:/ Pero miro hacia arriba:/ las estrellas escriben./ Sin entender comprendo:/ también soy escritura/ y en este mismo instante/ alguien me deletrea.”

Octavio Paz nació cuando de verdad comenzaba el siglo xx para nuestro país. México, cuatro años antes de su nacimiento (1914), se convirtió en el territorio de profundas transformaciones sociales y económicas. Su juventud transcurrió cuando estaban en la cima de su prestigio y de su madurez artística los escritores que hoy conocemos como los Contemporáneos. Su abuelo había sido un ilustre escritor que vivió las contradicciones del siglo xix: de liberal juarista a intelectual porfirista; hombre de amplia cultura y dueño de una vasta biblioteca: en ella se despertó la curiosidad del niño que fue Octavio Paz. El padre del poeta se sumó a la revolución y militó en el zapatismo. Ambos, abuelo y padre fueron actores y no espectadores de la historia de México. En un poema dijo que al conversar con ellos el mantel olía a pólvora.

El poeta escuchaba versiones de primera mano que más tarde se convirtieron en los datos primordiales de sus reflexiones sobre la sociedad y la cultura en México, que cimentaría su prestigio en libros como *El laberinto de la soledad*.

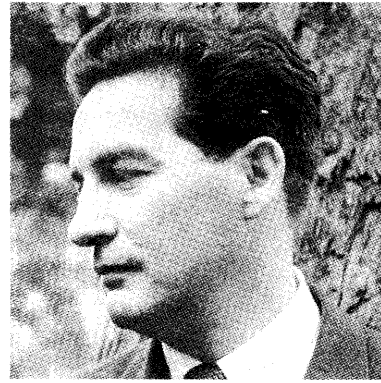
El autor de *Ladera este* fue precoz como escritor. A los 19 años publicó una breve plaquette en la colección Fábula que dirigía Miguel N. Lira, *Luna silvestre* (1933). En ella se advierte ya la conciencia artística del poeta. Fundó revistas con otros amigos como *Barandal* (1931) y escribió sin pausa. Se reunió con Rafael Alberti, de paso en México, quien destacó la preocupación de Paz por la palabra y el fenómeno artístico. Tuvo una intensa relación intelectual con Jorge Cuesta, de quien tanto aprendió sobre el rigor de la crítica y quien saludó con entusiasmo su segundo libro, *Raíz de hombre*, y vivió con intensidad las transformaciones políticas que el cardenismo iba imponiendo al país. Abandonó la universidad y emigró a Yucatán donde trabajó en una escuela para obreros. Allí recibió la noticia de que había sido invitado a participar el Congreso de Escritores Antifascistas. A pesar de su juventud los escritores más importantes advirtieron en sus textos y en sus pláticas la intensidad de su talento y la solidez de su cultura. España fue una de sus experiencias fundamentales. Conoció a Huidobro, que sería fundamental en sus ideas estéticas y adquirió una apreciación más profunda de la importancia de la generación del 27 en la modernidad de la poesía.

El regreso de Octavio Paz a México le dio otra perspectiva del país y empezó advertir cómo se empobrecía un medio intelectual donde imperaba el dogmatismo. En España atestiguó las profundas grietas que se abrían en la ideología comunistas y advirtió los ominosos signos del estalinismo. Una beca Guggenheim le permitió salir del país y residir en Estados Unidos; pudo explorar así nuevas bibliotecas, sumergirse en otra tradición literaria y estar en contacto con escritores de relieve. Después ingresó a la diplomacia. Su primer destino fue Francia. Vivió en el París de la postguerra, que se hallaba entonces sacudido por las polémicas entre Camus, Sarte, Breton, Merleau-Ponty. En Breton encontró a un maestro, su verdadero maestro, y un interlocutor; es de mu-

chas formas su gemelo. Estableció un fuerte vínculo con el movimiento surrealista. Del surrealismo le atrajo su propuesta de abrir la escritura a los abismos de los sueños y la liberación del deseo, al amor y a la revolución moral que implicaba a través de la poesía: los dos polos sobre los gira el surrealismo: poesía y revolución, se convirtieron en el eje de su pensamiento. En París se le manifestó con nitidez el verdadero papel que debía desempeñar la poesía y el pensamiento crítico. Quedaron de manifiesto las falacias de la poesía al servicio de la política. Reprobó el compromiso con el estalinismo de los poetas de izquierda. Les reprochó su miopía y fanatismo. La poesía al servicio de una causa política tan perversa como la que promovían los rusos soviéticos se contaminaba de mentira, se traicionaba a sí misma. Neruda, Aragon, Alberti, Vallejo, Eluard salpicarían sus poemas con alabanzas a un régimen que instauraba la dictadura de la burocracia y abría campos de concentración para exterminar a los “herejes”.

Con la experiencia de París escribió sus poemas fundamentales, los que expresan sus plenos poderes como poeta; nos dan la novedad de una voz propia, de una voz adánica; en su pluma parece que el mundo es reciente y se nombra por primera vez: “Piedra de sol”, “El cántaro roto”, “Mutra”, representan la síntesis de sus experiencias vitales, de lecturas y viajes, de reflexión sobre su país, de la conciencia de la palabra artística.

Después de un paréntesis en México, la lotería diplomática lo envió de nuevo a Francia. Durante ese segundo momento francés se discutían en París las ideas de Levi-Strauss; el estructuralismo era la nueva moda intelectual; Roland Barthe desarrollaba un novedoso método de lectura y escritura. La *nouveau roman* quería liquidar una tradición de narrar. Era un mundo muy rico en propuestas e ideas. En todo se interesó Paz. Profundizó en la lectura de Mallarmé y se hermanó con Valéry en la crítica del mundo y la escritura. Todos esos intereses se plasmaron en la obra de Octavio Paz, quien dejó París al principio de la década de los años sesenta para trasladarse a la India, donde desempeñaría el cargo de embajador ante el gobierno de ese país. *Ladera este* y *El mono gramático* son los frutos más notables de su residencia



en Oriente, que le aportó una visión distinta del tiempo y de la permanencia en el mundo. De repente el mundo se vacía de instantes, queda en la memoria la incandescencia de un momento: el colibrí suspendido en el aire, fugacidad y permanencia; o un domo que emite pájaros en la inmovilidad del atardecer.

En India lo sorprendió la masacre contra los estudiantes en 1968, en la Plaza de las Tres Culturas. Renunció a la Embajada de México ante la India, y a partir de ese hecho su vida personal se volvió de dominio público. La salida de la India abrió un capítulo muy fructífero en el ámbito de sus reflexiones políticas. Sin vinculación con el mundo oficial se sintió libre de ejercer la crítica sobre las instituciones gubernamentales. Su protesta por los muertos de Tlatelolco fue el comienzo de su verdadera celebridad. Nunca declinó su energía intelectual: basta mencionar su magno estudio sobre Sor Juana, ni su inspiración poética. *Pasado en claro* señala otro momento cumbre de su creación.

En 1990 recibió el Premio Nobel. Fue un reconocimiento que llegó muy tarde, los merecía desde hace por lo menos veinte años. Lo recibió con alegría. Siete años después el cáncer pondría fin a su vida. ■

